

## LA NATIVIDAD DEL SEÑOR MISA DEL DIA

Podríamos calificar la Liturgia de la Misa del día, de la Natividad del Señor, como densa, teológica, que invita a la contemplación y admiración. La segunda lectura, tomada de la Carta a los Hebreos y el Evangelio, el Prólogo del evangelistas Juan, dan motivo para esta calificación.

La Oración Colecta y la Oración después de la Comunión van por esta misma línea teológica. Quizá es una Misa para místicos, teólogos, contemplativos. El talante de esta Eucaristía es muy diverso a la del Gallo, que habla de luz, de paz y de gozo.

Dice la Oración Colecta: “ *Oh Dios, que de modo admirables has creado al hombre a tu imagen y semejanza; ( esta primera parte de la Oración es un canto a la creación, a la dignidad del hombre, contemplado desde la razón, desde la filosofía) y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad por Jesucristo; se habla como de una segunda creación, en la cual el hombre recupera la dignidad perdida; concédenos compartir la vida divina de aquél que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana*”. Dios se ha hecho hombre para que el hombre fuera Dios. La salvación del hombre es su divinización, de aquí la importancia de saber quién se ha hecho hombre.

La Oración después de la Comunión claramente dice cómo y para qué es nuestro Salvador: “... *Hoy que nos ha nacido el Salvador para comunicarnos la vida divina...*”

Vamos a analizar minuciosamente las tres lecturas, pues ellas nos enriquecen y nos transmiten un mensaje maravilloso, sublime.

La lectura primera es del libro de Isaías, 52, 7-10. Poema de una admirable expresividad y belleza, podemos percibir el eco de Is 40, 9-10: “ *Súbete a un monte elevado, mensajero de Sión; alza tu voz con brío mensajero de Jerusalén, álzala sin miedo y di a las ciudades de Judá: Aquí está vuestro Dios*”. En este día de Navidad todos los hombres deben enterarse de lo sucedido; el Mensajero hoy está muy ocupado, no puede descansar ni por un momento.

También es importante recordar otro texto del mismo Isaías: “*Sobre tus murallas, Jerusalén, emplazo centinelas; ni de día ni de noche callarán*” (Is 62, 6).

Hay una serie de personajes que se ponen en relación unos con otros. La noticia corre de unos a otros. El personaje que habla podría ser el poeta mismo. El poeta-profeta elogia la actividad de un mensajero, que trae un mensaje de salvación. “*¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: Tu Dios es Rey*”

A este mensajero responde un coro de centinelas. No se queda sólo el mensajero, pues es muy importante lo que está diciendo, de tal manera que los demás quedan contagiados: “*Tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión*”. Están viendo los centinelas que lo que el Mensajero dice es verdad, pues ellos lo están contemplando.

Los vigilantes exhortan a su vez a las ruinas mismas de la ciudad que se unan en el gozo, en la alegría: “*Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén... y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios*”.

Esto ya no es un sueño, un deseo, una esperanza, sino una realidad. El Hijo de María es nuestro Rey.

De aquí la oportunidad del estribillo del Salmo responsorial: “*Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios*”.

La segunda lectura está tomada de la Carta a los Hebreos, 1, 1-6. Los versículos 1-4 son como un denso Prólogo, solemne introducción a toda la homilía o discurso (La Carta a los Hebreos es un discurso más que una carta), vocabulario poco corriente y un tanto misterioso.

Hacemos un análisis del texto. “*En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Algunos exégetas traducen fragmentariamente y de diversos modos. Es importante insistir en el carácter fragmentario de la revelación en el AT, no es una revelación completa, acabada, definitiva, sino incompleta. Creo que es importante tener presente esto: la revelación del AT estaba exigiendo una Revelación total: en Jesucristo. Por los Profetas: no sólo aquellos cuya predicación se conserva en los libros del AT, sino todos los personajes de la historia de Israel a través de los cuales habló Dios. Todo el AT es una revelación, un hablar de Dios al hombre.*

*En esta etapa final.* La edad final ha sido inaugurada con el acontecimiento Cristo (Cristo es un acaecimiento), sobre todo con el sacrificio redentor de Jesús. *Nos ha hablado por el Hijo.* El Prólogo de San Juan acentuará más esta idea, como veremos. El que habla en el NT no es el Profeta, sino el Hijo de Dios. *Al que ha nombrado heredero de todo.* Quizá nos resulte extraña esta afirmación. La filiación implica el derecho a la herencia. Pero aquí, el dar la posesión de todas las cosas se atribuye a la iniciativa de Dios, en el momento de la glorificación. Quizá nos dé luz un texto un del libro de Daniel: “*Seguía yo contemplando estas visiones nocturnas y vi venir sobre las nubes alguien semejante a un hijo de hombre; se dirigió hacia el anciano y fue conducido por él. Se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido*” (Daniel 7, 13-14).

“*El es reflejo de su gloria, impronta de su ser*” con Dios no tiene un simple parecido, sino que es el resplandor de su gloria. Estas dos metáforas tomadas de la teología alejandrina sobre la Sabiduría y el Logos, expresa a la vez la identidad de naturaleza entre el Padre y el Hijo y la distinción de personas.

“*Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas*”. La Carta a los Hebreos no se fija en la dimensión esencialista del Hijo (Dios por naturaleza), sino en la dimensión existencialista del Hijo. Entre el Hijo de la Encarnación y el Hijo de la Resurrección hay una continuidad en progresión. Podíamos decir que el Hijo se ha ganado lo que es. Dos dimensiones a tener en cuenta; pero que no debemos distinguir demasiado. La dimensión estática no agota todas las dimensiones; pero todas las dimensiones tienen su valor en definitiva, porque el Hijo desde el Principio es Hijo de Dios. Escandaliza a algunos esta frase de la Carta a los hebreos: “*Aprendió a obedecer, sufriendo*”

“*Tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado*”. La Carta a los hebreos se hace eco de un posible error: que los ángeles son superiores al Hijo; con la afirmación anterior echa por tierra el posible error. *El nombre* (bíblicamente indica lo que uno es, la esencialidad) *que ha heredado es sublime*, pues indica que es Dios, por lo tanto los ángeles más encumbrados resultan pequeños en comparación con la grandeza del Hijo, pues ha heredado un nombre sublime. Así termina el prólogo a la Carta a los Hebreos.

El Evangelio está tomado del evangelista San Juan, 1, 1-18.

El carácter sagrado del Prólogo se reflejó en la vieja costumbre de la Iglesia occidental, que lo leía sobre los enfermos y los niños bautizados.

Algunos estiman que el Prólogo tiene poco que ver con la sustancia del cuarto Evangelio.

Para otros, el Prólogo es un prefacio al evangelio. Los versículos 11 y 12 del Prólogo parecen constituir un sumario de los dos grandes apartados de Juan. El v. 11 representa el Libro de los Signos (1-12). El v. 12 es el sumario del Libro de la Gloria (13-20).

El personaje central del Prólogo es la *Palabra*, un término que no reaparece con sentido cristológico en el cuarto Evangelio.

Muchos autores se inclinan hoy a ver en el Prólogo un poema originariamente independiente que luego se adaptó al evangelio.

Los vv. 6-8.15 son adiciones al Prólogo Primitivo.

*“En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la palabra era Dios”*. *Existía, Era*: el tiempo imperfecto denota existencia continua, intemporal; contrasta con el aoristo (nuestro tiempo indefinido) usado en los vv. 3.6.13 (la creación, la misión del Bautista, la encarnación) para designar acontecimientos que han tenido lugar en determinados momentos.

*Logos, Palabra*, en el pensamiento helenístico significa sumisión, emanación, mediación divina.

En el AT, la palabra de Dios es una manifestación de Dios, la revelación de sí mismo en la creación. Cristo, la Palabra hecha carne, es la revelación última y completa de Dios.

Dos líneas del pensamiento judío en especial han confluído en el desarrollo de este concepto de la Palabra. Una idea es la personificación de la Sabiduría divina en los escritos tardíos del AT. La otra es la glorificación de la Torah en el judaísmo rabínico: la identificación de la Torah con la sabiduría divina.

Cristo es la verdadera Palabra de Dios, que existe desde la eternidad, a través de la cual y no a través de la Ley, llega la gracia y la verdad. La Palabra estaba en la presencia de Dios: se afirma una distinción en la divinidad.